

D. PASCUA DE RESURRECCIÓN. EVÁNGELIO SEGÚN SAN JUAN 20,1-9.

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro.

Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien quería Jesús, y les dijo:

-Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo: pero no entró.

Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: Vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó.

Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que Él había de resucitar de entre los muertos.

YO APUESTO POR JESÚS RESUCITADO

Hoy la Iglesia repite, canta, grita: «¡Jesús ha resucitado!» ¿Pero cómo ha sido? «Pedro, Juan, las mujeres fueron al Sepulcro y estaba vacío». Jesús no estaba. Habían ido con el corazón encogido por la tristeza, por la tristeza de una derrota. El Maestro, su Maestro, al que tanto amaban, había sido ejecutado, había muerto. «Y de la muerte no se regresa».

El camino hacia el sepulcro era para los discípulos el camino de la derrota. Pero un ángel les dice: «No está aquí, ha resucitado». Es el primer anuncio: «Ha resucitado». Y se ven inmersos en la confusión, el corazón encogido, en las apariciones. Deciden «encerrarse todo el día en el Cenáculo» pues tienen miedo de que les ocurra lo mismo que le ha sucedido a su Maestro. Pero la Iglesia, ante las derrotas, ante los corazones ciegos y temerosos una y otra vez repite: «¡Confiad!, el Señor ha resucitado»

Pero si el Señor ha resucitado, nos preguntamos, ¿cómo suceden tantas desgracias, enfermedades, guerras, destrucciones, mutilaciones, venganzas, odio? «¿Pero dónde está el Señor?» Incluso en nuestras familias, cuantas veces hemos pensado «¿Señor, dónde estás?»

Cuenta el Papa Francisco cómo hablando con un hombre culto que padecía una grave enfermedad y a quien trataba de transmitirle un signo de fe le dijo: «no hay explicación para lo que te sucede». «Mira a Jesús en la Cruz. Mira lo que Dios ha hecho eso con su Hijo y no hay explicación». Y él le respondió: «Sí, pero Dios preguntó a su Hijo y su Hijo dio el sí pero a mí no me ha preguntado si quería esto».

Y es que, cuando nos vienen mal dadas, cuando la incomprensión, el dolor, la enfermedad o una muerte cercana nos visitan, «el desasosiego nos invade». Nadie nos pregunta si lo aceptamos, si estamos dispuestos a soportar esa Cruz. Pero «la Cruz ahí está, sigue adelante haciendo su camino» y eso nos cuesta «comprender» y más aún «aceptar». Y sin embargo la Iglesia nos sigue diciendo: «¡Tranquilízate y confía! ¡Jesús ha resucitado! Jesús está contigo y con Él todo es más fácil. Él te ayudará a llevar esa Cruz»

Y esto no es una fantasía, la Resurrección de Cristo no es una fiesta con muchas flores, es el «misterio de la piedra descartada» que termina siendo «el fundamento de nuestra existencia». Esto significa que Cristo ha resucitado. En esta cultura nuestra del descarte, del usar y tirar, esa piedra que fue descartada y que se llama «Jesús», «es la fuente de la verdadera Vida».

El Padre Rainiero Cantalamessa en un ejercicio de «racionalidad histórica» para «mostrar el sentido de la Resurrección de Cristo» a quienes su comprensión más les puede costar. Y para ello hace referencia a dos hechos singulares ocurridos tras la muerte de Jesús.

Por un lado, la **«imprevista e inexplicable fe de los discípulos»**, una fe tan tenaz como para resistir **«hasta la prueba del martirio»**. Y por otro lado **«la explicación que esos mismos discípulos nos han dejado de su fe en los Evangelios»**. Es evidente, dice, que **«algo tuvo que ocurrir»** para que se produjera un cambio tan radical en sus vidas y los llevara a la **«fundación de la Iglesia»**. Y **«este algo»** es el **«núcleo histórico de la fe»** en el día de la Pascua.

Es preciso recordar que cuando Jesús fue prendido y ajusticiado los discípulos no alimentaban esperanza alguna de ninguna resurrección. **«Huyeron y dieron por acabado el caso de Jesús»**. Por tanto, no parece previsible que se engañaran. Eran además pescadores, gente poco dada a las visiones, y tampoco parece que pudieran querer engañar a los demás, pues todos sus intereses eran contrarios, **«¡se estaban jugando la vida!»**

Pero es que si Jesús no hubiera resucitado, **«¿para qué afrontar persecuciones hasta llegar a morir por Él?»** ¿Qué provecho material podían sacar? No basta pues constatar históricamente el hecho de la Resurrección, es necesario **«ver al Resucitado»**, como lo vieron los discípulos de entonces y los que creen en Él ahora. Y esto, poco tiene que ver con la historia y todo con la fe. **«Sólo se le puede ver a Jesús con los ojos de la fe»**.

Pues bien, termina diciendo el P. Rainiero Cantalamessa, que estas reflexiones le hacen sentir cómo si el ángel, aquel que se apareció a las mujeres camino del sepulcro, le estuviese llamando al orden, cómo si le estuviese diciendo: **«¿Por qué te empeñas en buscar entre los muertos argumentos humanos de la historia, al que está vivo y actúa en la Iglesia y en el mundo? Vete y di a tus hermanos que Jesús ha resucitado»**.

Si Jesús fue la piedra descartada, hoy todos nosotros somos **«piedrecillas del suelo»** en esta tierra de dolor y de tragedias que, **«en la fe en Cristo Resucitado»** encontramos un sentido a la vida, que vivir en medio de tantas calamidades no es ningún sinsentido. Es el sentido de mirar más allá, el sentido de decir: **«hay un horizonte, está la vida, la alegría, está la cruz, sí, pero está la plenitud»**.



La piedra descartada realmente no fue descartada y las piedrecillas que creen y se unen a esa piedra no serán tampoco descartadas. Todas ellas tienen un sentido.

Y con este sentimiento la Iglesia repite desde lo profundo del corazón: **«Cristo ha resucitado»** **«Cristo vive»**.

Que cada uno de nosotros, pensando en los problemas cotidianos, en

las enfermedades nuestras o de nuestros familiares, en las guerras o en las tragedias humanas, con voz humilde, sin flores, **«solos ante el Señor»**, digamos: **«No sé bien cómo va esto, pero estoy seguro de que Cristo ha resucitado y yo he apostado por Él»**. ¡Que así sea!